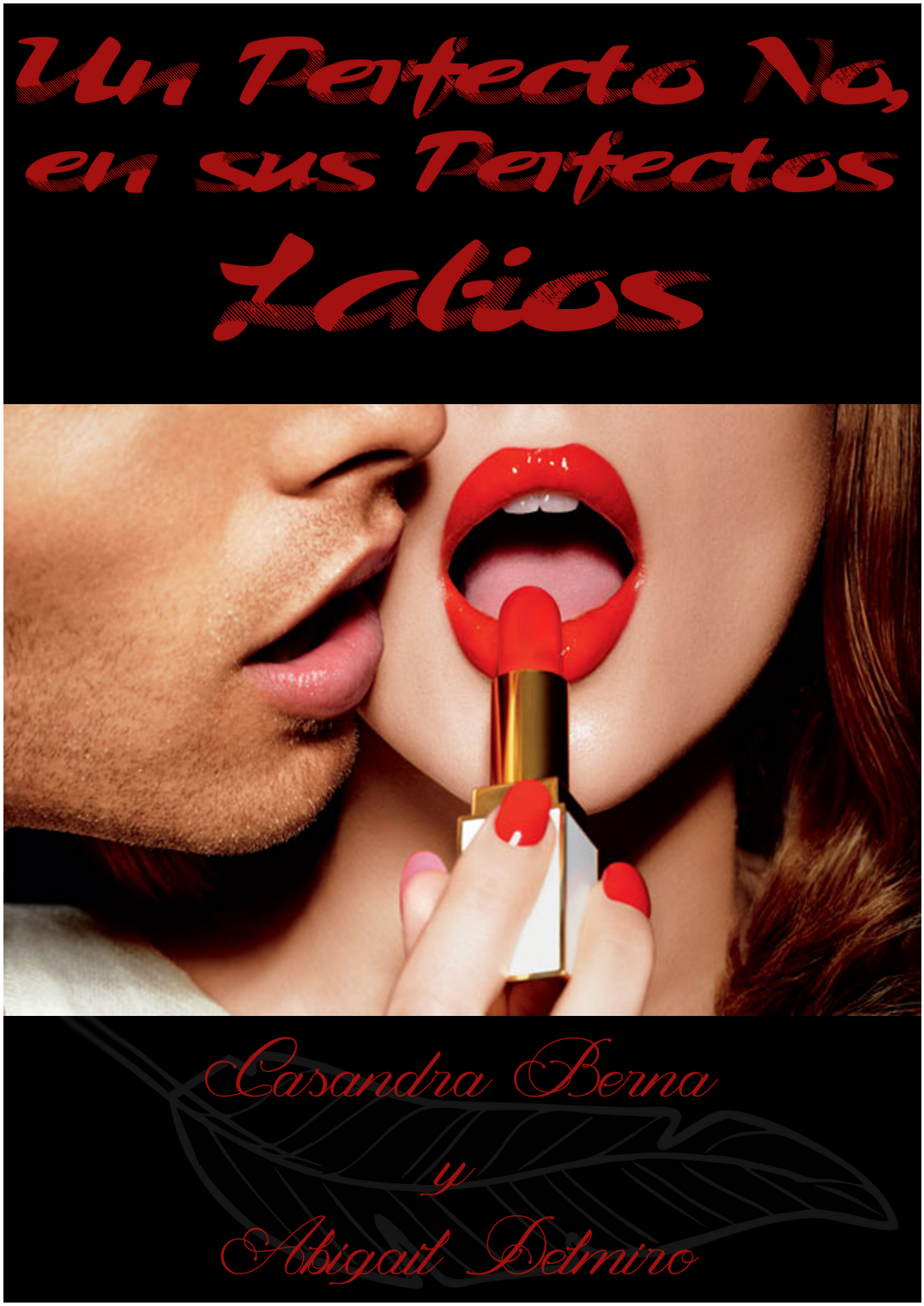
Un perfecto no en sus perfectos labios

Arantzazu Rodríguez Vega



Capítulo 1

Capítulo 1: El club

El club tenía un gran problema, no era económico, después de todo, las mujeres se dejaban una millonada por tener al hombre que querían… el problema es que el mercado se les estaba restringiendo. Las clientas que pedían sus servicios querían un hombre con dinero, nada de amor, eran objetivos financieros y aunque había muchas de estas había aún más de las otras…. Necesitaban encontrar la forma de ampliar su mercado.

Suspirando Marcus miró a sus compañeros de trabajo, todos tenían dinero más que de sobra, eran ricos, guapos e inteligentes, por eso se aburrían como nadie más podía hacerlo. De ahí había nacido el Club de los Manipuladores, en un primer momento fue dedicado a ver quién era capaz de ligar con más mujeres en la secundaria, en la universidad empezaron a ayudar a otros con complicados planes que ponían a prueba su destreza mental y física… y ahora se dedicaban a engordar la fortuna familiar, que era gestionada por gente que se interesara en esas cosas, con esa agencia para ayudar a mujeres y hombres desesperados.

En este momento tenían tres casos, a cuál de ellos más aburrido que el anterior, trabajos muy fáciles de solucionar con paciencia y estrategia, si esto seguía así acabarían volviendo a las andadas y a avergonzar a sus familias que hacían la vista gorda con ellos. Antonio y Carlos eran gemelos y en ese momento jugaban al póker descubierto en una mesa apartada, William presidía como siempre la sala en el elegante escritorio mientas se dedicaba a leer una novela de misterio, Marcus por su parte jugaba en su móvil de última generación a una carrera de coches para la cual giraba repentinamente el móvil de un lado a otro para que su auto no chocara contra un árbol cibernético… la imagen del aburrimiento en estado puro.

Amanda tragó saliva mientras paraba delante de la puerta de aquel establecimiento, le había costado tres o cuatro intentos decidirse a entrar y había pasado como una acosadora varias veces por la puerta… puede que le hubiera dicho a Sofía que no iba a ir pero el llegar a casa y encontrarse a Richard saliendo con una rubia despeinada le había hecho cambiar de opinión… no podía seguir así. Cansada bajó la vista y un mechón de pelo color caramelo con vetas rojizas y algo rubias le calló en la cara… si tan solo su pelo se decidiera por un tono y fuera rubia, morena o pelirroja y no una maldita morena que no llamaba la atención quizás él se fijara en ella. Miró a la puerta fijamente y supo que en cuanto pasara por ahí estaría oficialmente arruinada, su economía no podría aguantar un gasto así, pero era su última esperanza.

Tomando valor que no tenía entró tras llamar al timbre un par de veces, dentro se escuchó un revuelo y un golpe que la hizo atreverse a mirar

abriendo la puerta, para encontrase a un chico tirado en el suelo. Al parecer se había asustado con el timbre y al estar balanceándose sobre la silla esta cayó hacia atrás, dejándolo tirado, con el móvil en la mano y unos desorbitados ojos grises mirando entre asustados y sorprendidos a la puerta. Como si esto no fuera suficiente el tipo estaba vestido de Armani y era verdaderamente atractivo… lo que hacía la situación incluso más ridícula.

Se llevó una mano a la boca aguantándose las ganas de reír mientras daba un paso al interior donde repentinamente unas carcajadas de hombre empezaron a expandirse por la sala, había dos chicos que eran exactamente iguales al fondo, ambos golpeaban la mesa mientras reían con ganas. Mientras tanto otro hombre, el que parecía ser el jefe de aquella elegante sala con cómodos sillones, decorada con colores cálidos y preparados para agradar al cliente, se aguantaba la risa. Este tenía el pelo color chocolate y perfectamente peinado, lo que llamaba la atención sobre sus ojos verdes… ¿Por qué todos ahí eran tan atractivos? Se sentía como una mosca que entraba en un nido de sofisticadas arañas.

- Pase, pase… no se preocupe por él, se levantará en cuanto recomponga su orgullo- dijo el que parecía ser el jefe mientras se ponía en pie para darle la bienvenida.

- S… si…- entró mientras se aclaraba la garganta para dejar de reír aunque su media sonrisa en los labios no se borró, en cambio su conciencia no la permitía pasar por el lado de una persona que necesitaba ayuda y dejarla ahí.

Paró al lado del chico y le tendió sus manos, en cuanto las tomó tiró con tanta fuerza como podía hasta que consiguió que estuviera en pie… no es que tuviera demasiada pero era mejor que nada porque los gemelos seguían revolcándose de la risa y el castaño no parecía dispuesto a arrugar su traje solo por ayudarle. Una vez estuvo sobre sus zapatos a medida de nuevo se apresuró a arreglarse el traje y se aclaró la garganta mientras le tomaba la mano y la besaba lentamente para agradecerle que se hubiera preocupado por él.

- Muchas gracias señorita- comentó con una sonrisa en los labios.

- Es lo mínimo que podía hacer cuando fue mi timbrazo el que hizo que cayera- rio un tanto sonrojada por su atención hacia ella.

- Siéntese- le ofreció con una inclinación de cabeza el que parecía ser el jefe. Mientras se sentaba y colocaba la falda larga hasta los pies, tremendamente recatada, este miró al que se había caído y le amenazó sin hacer ruido, el otro se encogió de hombros, en el momento en que ella

alzó la cabeza ambos volvieron a su estado de serenidad.

- Cuéntenos cuál es su problema y le daremos una solución- intervino el de los ojos grises tomando asiento a su lado.

Miró de uno a otro, los gemelos habían alzado la cabeza y ahora estaban serios mirándola fijamente y tuvo que sonrojarse un poco… también eran tremendamente guapos, rostros angulosos con mandíbula fuerte de evidente ascendencia latina, sus ojos eran oscuros de largas pestañas… jamás había visto unos ojos así de penetrantes antes. Se miró las manos sobre su regazo y apretó la falda entre sus dedos.

- Yo… me gustaría decirles primero de nada que no tengo mucho dinero y sólo puedo aspirar a la más pequeña de sus tarifas- murmuró mientras mantenía la mirada baja- pero ustedes son mi última esperanza… necesito recuperarle o me moriré- se llevó una mano al corazón y con los ojos apunto de derramar sus lagrimas.

- Usted… ama a esa persona por lo que veo- William miró significativamente a sus tres compañeros que asintieron comprendiendo, quizás era ese el trampolín que necesitaban a ese nuevo mercado.

- Es mi novio… claro que lo amo- respondió mientras alzaba la cara para mirar a los ojos al castaño, al instante este tuvo que toser porque la saliva se le había quedado atascada en la garganta… eran los ojos más inocentes y dulces que había visto en su vida, de un corriente pero agradable color marrón, como la leña de un fuego hogareño- pero él… no para de acostarse con otras mujeres a pesar de que sabe que yo haría cualquier cosa por él y que lo amo con locura- su voz se entrecortó por el llanto que pugnaba por salir y que a duras penas retenía.

Por un momento abrió la boca y después volvió a cerrarla de golpe ¡Por fin algo remotamente interesante! Era la primera clienta que no quería conseguir un hombre, ella quería que el que ya tenía se fijase en que estaba allí. Al instante los ojos de los cuatro brillaron encantados con el desafío que se les presentaba y se apresuraron a tomar asiento alrededor de ella cada vez más interesados.

- E... Él siempre está con chicas rubias, guapas, altas y delgadas… yo no soy nada de eso- murmuró mientras negaba con la cabeza.

- Eso no importa realmente, usted es del grupo de mujeres echas para conservarlas, las que usted describe son de usar y tirar, para una sola noche… eso quiere decir que tiene muchas más posibilidades de mantenerlo que ellas de quitárselo- comentó uno de los gemelos.

- Bueno, yo creo que esta situación ocurre porque siente que usted estará siempre ahí para él, pase lo que pase- le respondió su hermano

gemelo encogiéndose de hombros

- Exacto- comentó el primero un poco más ancho de espaldas y con el pelo color chocolate, parecía el mismo pecado encarnado en ese traje de alta costura negro e impecable- pero podemos ayudarte, tan solo vas a tener que hacer una cosa...

- ¿Qué? haré cualquier cosa- se llevó la mano al pecho con el corazón acelerado, estaba completamente desesperada.

- Poner un perfecto no en tus perfectos labios... del resto, nos ocupamos nosotros.

Ella parpadeó un par de veces sin entender realmente lo que querían decir, pero por más que miraba alrededor ellos solo asentían dándole la razón al jefe que acababa de hablar. En ese instante empezó a sonar crazy in love de Beyonce en su teléfono móvil. Colocó su gran bolso sobre sus rodillas y peleó con todo lo que tenía dentro hasta conseguir encontrar el teléfono ¿por qué siempre llevaría tantas cosas con ella? Los gemelos reaccionaron al instante al escuchar la canción y empezaron a bailar al son imitando a la cantante, procurando que su clienta no los viese. William los fulmino con la mirada pero ellos se encogieron de hombros y siguieron con sus movimientos, aunque quedaba algo extraño al contraste de sus trajes a medida; Carlos se volvió y levanto la chaqueta mostrándole sus glúteos a su jefe y dedicándole un tuerquin mientras Marcus se esforzaba en aguantar una carcajada que luchaba por salir a través de su garganta. Cuando encontró su teléfono se fijó en que se trataba de Richard y se sorprendió, enseguida se preparó para responder… cosa que no consiguió porque el hombre que estaba sentado justo enfrente se lo quitó y lo bloqueó quitando el sonido y dejándolo sobre la mesa.

- ¿Q… que hace? –dijo alarmada mientras alargaba las manos para agarrarlo sin conseguirlo de nuevo ya que él se lo volvió a arrebatar.

- Desde este momento está bajo nuestro cuidado y en una semana no verá, no responderá llamadas o mensajes ni se pondrá en contacto con su novio- respondió este mientras sonreía- Mi nombre es William y estos son mis socios: Marcus- señaló al de os ojos grises- Antonio y Carlos- los gemelos saludaron al unísono, parecía que tenían telepatía.

- M… Mi nombre es Amanda… ¿No deberíamos hablar de precios o hacer un contrato o algo? –murmuró preocupada mirando de unos a otros.

- No se preocupe por eso- respondió William mientras se lamía los labios lentamente- nosotros nos ocuparemos de todos los gastos- casi se escuchó el sonido de las mandíbulas desencajándose y los gemelos empezaron a gesticular exageradamente detrás de ella. Cuando miró

hacia éstos pararon y sonrieron como si nada- A cambio usted nos permitirá utilizar su caso para publicidad.

Ella parpadeó un par de veces sorprendida y frunció un poco el ceño pensando en ello… ¿Quería que la utilizaran como un producto de márquetin? Sonrió para ella misma porque sabía que esa no era la pregunta que realmente importaba ¿Tenía otra opción? La respuesta era clara y sencilla: No. Solo podía acceder aunque eso significara perder un poco de su ya mermada dignidad. Bajó la mirada hacia sus manos que ahora jugueteaban nerviosas con la correa de su bolso y sentía los ojos expectantes de los cuatro hermosos hombres sobre ella. Suspiró antes de asentir.

- Perfecto- intervino Marco- tendré preparado el contrato para mañana mismo… pero debe saber algo, solo garantizamos el cien por cien de efectividad si hace todas las cosas que le decimos al pie de la letra ¿me ha entendido?

- S… supongo que si aunque no entiendo porque no he de hablar con él- murmuró apartando la mirada de nuevo.

- Por el momento no hace falta que entienda, venga mañana a la misma hora. Recuerde, nada de atender a las llamadas de ese hombre- Dijo el que debía ser Antonio… ¿O era Carlos? Ambos eran endemoniadamente parecidos, mientras la ayudaba a levantarse y la guiaba hacia la puerta devolviéndole el móvil.

Antes de darse cuenta estaba de nuevo en la calle incluso más confusa que cuando entró… pensó que iba a encontrarse en un lugar típico de las agencias matrimoniales: con fotos de las parejas que han unido en las paredes, señoras regordetas y risueñas, mujeres cotorreando por todos lados… pero no, había sido como entrar en una reunión con el presidente de una gran compañía y sus directivos. Ladeó la cabeza frunciendo el ceño y suspiró mientras se dirigía de nuevo hacia su casa, mejor pensar esas cosas en frío.

Mientras caminaba su móvil empezó a sonar de nuevo y lo alzó para ver quién era. Cerró los ojos con fuerza al ver el nombre de Richard con una foto suya parpadeando en el fondo de la pantalla aunque sabía quién era por su tono personalizado. Le hormigueaban los dedos por el deseo de atender el teléfono, de escuchar su voz grave y acogedora, por escuchar sus disculpas y que la amaba, aunque sabía que no era verdad… pero si quería de verdad su corazón tendría que hacer sacrificios y presionar el botón para ponerlo en silencio tan solo era el primero de ellos. Se mordió el labio inferior y suspiró mientras alzaba la cabeza, tenía que hacer la cena, dormir e ir a trabajar la mañana siguiente. Antes de darse cuenta ya habría vuelto y estaría con su contrato en la mano y junto con este, el

mapa y las llaves para entrar en el corazón de esa persona.

William sonreía lentamente de lado mientras las mentes calculadoras de Antonio y Carlos preparaban los planes para la próxima semana, iba a ser agotador el primer tramo, sobre todo porque en este caso no podían realizar ningún cambio brusco en la apariencia de la clienta o su presa se escaparía como un cervatillo asustado… no, no iban a transformarla en una chica de usar u tirar, seguirían fieles a su estilo de novia duradera pero la haría progresivamente más atractiva. De todos es sabido que una mujer mejora su aspecto cuando se siente atraída por un hombre y eso es lo que ellos querían hacerle creer, porque no hay cosa que un hombre quiera más que aquello que otras personas desean… si pensaba que se la podían quitar se aferraría a ella como un clavo ardiendo.

Sabían que era un gilipollas, hasta ahí estaba claro, no se metían en los gustos de las clienta, pero no era tonto, por eso la había conservado tanto tiempo y sabía que no era de las personas que se enamoraban a primera vista. Ella iría cambiando poco a poco, evolucionando como los sentimientos hacia esta nueva persona, así que esta semana tan solo le quitarían esas horrendas gafas de pasta negras que llevaba y mejorarían su ropa, nada atrevido, vestidos por la rodilla tal vez.

- Esto sí que es un caso raro y entretenido- rio Marcus mientras tecleaba furiosamente en su portátil redactando el contrato, era abogado y Antonio y Carlos eran analistas y economistas así que siempre iban con las espaldas bien cubiertas.

- Va a ser divertido- comentó uno de estos, a pesar de que llevaban cerca de diez años juntos aún le era difícil distinguirlos.

- Sí que lo va a ser… mientras más difícil mejor ¿verdad chicos?- sonrió William de forma entre diabólica y divertida.

Capítulo 2

Capítulo 2: Los primeros días.

En principio al llegar a casa pensó que todo había sido una especie de alucinación o sueño colectivo, pero de alguna manera habían conseguido su número de teléfono y antes de siquiera subir en el ascensor ya le habían empezado a llegar mensajes de aquellos chicos recordándole que pasase lo que pasase no hablara con su novio, los reconoció porque en el sistema de mensajería instantánea tenían puesta una foto de perfil… ¿Cómo podían ser tan guapos por dios?

Abrió la puerta mirando el último mensaje "Si te llama ignóralo e infórmanos si sucede algo, no se te olvide" fue guardando los números en la memoria mientras aseguraba la puerta, dejaba las llaves en el mueble de la entrada y colgaba su abrigo y la bufanda en la percha. Como siempre que entraba en su pequeño lugar se quitó los zapatos y caminó sobre las mullidas alfombras. Miró de reojo a su cuarto pero no quería enfrentarse a ese recuerdo ahora, así que se tiró sobre el sofá de color rojo oscuro, tirando a marrón, y se envolvió en una manta beige de cachemira mientras encendía la tele y se abrazaba sus rodillas. Una de las cosas buenas que tenía su casa era que las luces se regulaban, además de con los interruptores, con un práctico mando blanco que colocó a su lado junto con el de la tele.

Estaban dando "Pretty Woman" y, como las anteriores cien veces, se quedó viéndola con una lágrima colgando del ojo aun cuando sabía cuál era el final, estaba demasiado sensible en ese momento como para ponerse a pensar en ello. Suspirando mientras tomaba un pañuelo miraba como la protagonista salía cargando con todas sus cosas de la lujosa habitación de hotel, dejándolo con sus dudas y su mala cabeza porque todos sabían que la amaba menos él.

Sentada cual Yoda dejando que la fuerza se concentrara en un punto de la pantalla se encogió sobre sí misma y se tapó la cabeza con una manta, de tal manera que tan solo sus ojos podían verse. Suspiró mientras se acomodaba un poco mejor y de repente tuvo la imperiosa necesidad de tomar algo dulce, el problema es que no tenía ganas de levantarse y se encontró en ese dilema en el que toda mujer se ha visto en su vida: Quedarse acomodada en la postura perfecta, con la manta colocada de la manera adecuada para que pusiera un agradable calor sobre su piel, o mirar que había en su despensa perdiendo así esa agradable posición que era tan difícil de encontrar. "Si chocolate tú quieres levantarte debes" dijo una risueña voz en su cabeza mientras fruncía la nariz mirando hacia la cocina.

Estaba por levantarse cundo escuchó un fuerte timbrazo y se quedó congelada, no esperaba a nadie a esas horas, volvió a sonar repetidamente el timbre y supo al instante quién era. Richard no se caracterizaba por la paciencia precisamente y estaba claro que quería

entrar, después de lo que había pasado no había dejado la llave en el escondite de siempre y no tenía una copia de esta porque decía que no le gustaba tener cosas de nadie. Con manos temblorosas intentó coger el mando de las luces y tras herrar el botón, lo que provocó que las luces parpadearan un par de veces, consiguió apagarlas, le quitó la voz a la tele y se quedó en el más completo silencio rezando porque se fuera por sí mismo.
En vez de parar aumentó el ruido contra la puerta, estaba claro que sabía que estaba dentro y su teléfono empezó a sonar añadiendo su sonido al alboroto general y a los golpes que empezaban a dar los vecinos para que le hiciera callar. Amanda no era el tipo de chicas que estaban acostumbradas a ese tipo de situaciones, lo más peligroso que había hecho, a parte de la conducción deportiva que siempre conseguía cargarle las pilas, había sido salir en el número de un circo donde un lanzador de cuchillos había hecho explotar unos globos y tenía la sensación de que salir ahora iba a ser mucho más peligroso… además había hecho una promesa y ella siempre cumplía su palabra.
Tanteando en la oscuridad, tan solo rota por el leve resplandor de la tele, dio con su móvil que en ese momento había dejado de brillar y vibrar por las continuas llamadas de Richard que seguramente estaría borracho. No le gustaba verle así, ya que se ponía de muy mal humor y cuando se negaba a irse a la cama con él la insultaba de manera que siempre le hería en lo más profundo. Suspirando buscó entre los últimos mensajes y sin mirar siquiera quién de los cuatro hombres de la agencia había elegido llamó para que le echaran una mano. Coló su mano bajo la manta que la mantenía escondida y pegó el reluciente aparato contra su oído para escuchar los tonos.
- ¿Sí?- preguntó una adormilada voz de hombre desde el otro lado de la línea.

- Ho… hola- murmuró para que no la escuchara su novio al otro lado de la puerta- me dijiste que informara si ocurría algo y… Richard está aquí y no parece tener intención de irse. Está aporreando la puerta y llamándome… mis vecinos empiezan a molestarse, tengo que salir a verle ¿Qué hago?

- ¡No salgas!- William se había despertado de golpe al reconocer a la persona que le estaba hablando, llevaba unos días sin poder dormir bien y por eso había ido antes a casa. Sus arañas de búsqueda seguían funcionando y recopilando información sobre ella y su pareja pero él estaba confortablemente dormido en su cuarto.

- ¿Q… qué hago entonces?- su voz sonaba entre preocupada y asustada.

- No te preocupes, yo me ocupo- suspiró mientras se sentaba y se

preparaba para vestirse- iré ahora mismo.

- Está bien, vivo en...

- Sé dónde vives- cortó él mientras se ponía en pie y empezaba a hacer llamadas inmediatamente tras colgar.

Amanda no supo cómo reaccionar: por un lado estaba aliviada de tener a alguien que pudiera ayudarla en esa situación y por otra le inquietaba bastante que, con tan solo su nombre, supiera dónde vivía y cuál era su número de teléfono. Se volvió a acomodar de nuevo mientras se envolvía más y más entre la manta, cada vez daba más la sensación de ser un Yedi que escapaba del imperio acurrucándose en su cueva. Puede que no lo pareciera pero era fan de la Guerra de las Galaxias desde que las vio con su hermano Teo, un marine que estaba más tiempo en el mar que en tierra, parecía un pez, era difícil casi imposible verlo en plena ciudad. De pequeña cuando era Halloween en vez de disfrazarse de fantasma ella solía disfrazarse de soldado imperial.
De repente los golpes cesaron y alzó la cabeza para escuchar mejor, pudo distinguir unas pisadas que subían por las escaleras. Las voces de los guardias de seguridad le preocuparon un poco… ¿había llamado William a la policía o lo había hecho alguno de sus vecinos? No lo sabía, pero Richard no iba a estar nada contento con aquello, muchas veces se preguntaba si solo se aferraba a él o es que era masoquista por amar a alguien así… nunca había encontrado una respuesta para estas preguntas. Suspiró y dejó caer su frente sobre sus rodillas cerrando los ojos, todo aquello era demasiado complicado, a veces le gustaría poder volver a ser una niña y olvidarse de todas esas cosas, acurrucándose de nuevo entre los brazos protectores de su hermano… nadie podía dudar que ella lo echaba de menos.
Cuando de repente volvió a sonar la puerta se tensó y se congeló, aunque no sonaba igual. En vez de esos insistentes timbrazos que se metían por sus sentidos eran pequeños toques y suaves golpes sobre la puerta, como si temiera despertar a alguien con el fuerte sonido que provocaba el presionar ese botón que estaba colocado al lado de la puerta junto al de la luz… cosa que resultaba bastante confusa cuando uno llegaba a altas horas de la noche o estaba algo achispada, por lo que acababa llamando a su propia casa. Tras unos cuantos de accidente había acabado por hacer pequeños dibujos en los botones con pintura iridiscente. Esto había hecho gracia a sus vecinos pero al final habían acabado pidiéndole un poco para realizar la misma operación. Dejó de estar en sus pensamientos cuando el móvil empezó a temblar indicándole que recibía una llamada y esta vez era William, el chico de los ojos verdes.
- ¿Sí?- preguntó lo más flojito que pudo tras ponerlo en su oído.

- Soy yo, abre la puerta, ya se ha ido- respondió este.

- Voy- se levantó al instante pero sin soltar la manta, tan solo dejando que se resbalara hacia atrás por lo que se podía ver su pelo ahora revuelto mientras corría hacia la puerta sin encender la luz, lo que provocó que se golpeara en el dedo pequeño del pie contra una cómoda que tenía en la entrada. Jadeó mientras seguía sin soltar el móvil.

- ¿Estás bien?- preguntó él preocupado al otro lado de la línea.

- Sí, solo- abrió la puerta de un tirón- me golpeé en un pie- le miró a los ojos sin colgar el teléfono y se paralizó- Hola…

- Hola… -la recorrió con la mirada al tiempo que colgaba el móvil y lo guardaba en el bolsillo trasero de sus pantalones- me encanta ver a una mujer cómoda en su casa- alzó una ceja mientras la observaba de arriba abajo.

Se ruborizó un poco y se aclaró la garganta mientras se envolvía mejor en la manta, de todas maneras no debería importarle lo que él pensara ¿Verdad? Sólo la ayudaba a conseguir que Richard se comprometiera al fin con ella. Sin esperar a que ella lo invitara entró en su casa y buscó el interruptor de la luz llenando la habitación con un brillo blanco, los focos estaban escondidos de tal manera que la iluminación era perfecta pero no se veía de dónde provenía. Las paredes eran de un níveo blanco y sin embargo todos los muebles eran de colores extravagantes y llamativos, era raro pero combinaban entre sí de manera que solo podrían hacerlo en un ambiente tan distendido. Apenas había separación entre las habitaciones y las grandes ventanas en ese momento estaban cubiertas por pesadas cortinas color vino.
Caminó con pasos largos por todo el piso y sin pudor abrió la puerta del cuarto, miró a todos lados de la relajante estancia decorada con tonos tierras y rojos y pasó a la cocina abriendo la nevera y tomando de ella una de las muchas pequeñas botellas de agua que tenía en la puerta. Desenroscó el tapón y se la llevó a los labios recostándose contra la encimera.
- Adelante, como si estuvieras en tu casa- murmuró ella frunciendo un poco el ceño.

- No esperabas que me fuera tan rápido después de que me has despertado ¿verdad?-respondió mientras la miraba fijamente a los ojos y tomaba otro sorbo de agua.

- Siento eso… llegó la policía y se fue… seguro fue uno de mis vecinos y te hice venir para nada- comentó tomando un bollito de crema de uno de los armarios y suspiró cuando se lo metió casi entero en la boca.

- No, los llamé yo… no podía verme todavía y era mejor que se fuera

antes de que llegara o le acabaría rompiendo la cara por ser tan capullo.

Ahora que se fijaba no llevaba puesto uno de sus trajes sino unos ceñidos pantalones vaqueros, gastados en las rodillas, unas zapatillas de deporte y una ajustada camiseta gris de manga corta… que marcaba unos músculos bastante duros y apetecibles. Durante un segundo se lo imaginó sin camisa y pensó que por culpa de chicos como él el calentamiento global se agravaba día tras día. Miró su garganta mientras tragaba el líquido y se atragantó con su propia saliva apartando la mirada algo sonrojada… no podía estar pensando eso de una persona que tendría que ver muy a menudo a partir de ese momento.
Estaba por preguntarle qué quería, si necesitaba algo de comer o algo así cuando su móvil empezó a vibrar de nuevo en su mano sobresaltándola. Lo alzó y lo miró para ver que se trataba de Richard, suspiró tragándose las ganas de contestar y bajó de nuevo el teléfono tirándolo después sobre el sofá. William sonrió, haciendo que un extraño calor se extendiera desde la base de su estómago hacia todos los lugares de su cuerpo, salivó un poco más de la cuenta y se tensó cuando se apartó de la encimera acercándose a ella y colocándole una mano sobre su cabeza.
- Buena chica, si has sido capaz de hacer eso puedo marcharme… -miró a su alrededor- tu piso me gusta, no creo que venga de nuevo, si algo pasa vuelve a llamarme- sonrió mirándola a los ojos y sintiendo algo cálido en su interior, era muy difícil encontrar a alguien a la que se le pudiera leer el alma en los ojos sin que se escondiera detrás de nada.

Al llegar se había preocupado cuando no le abrió la puerta y más cuando escuchó su quejido al otro lado del teléfono, los agentes que había mandado eran de su círculo de amistades y le habían informado de que iba algo borracho, o más bien que tenía una destilaría dentro de esa cloaca que tenía por boca. Al verla envuelta en una manta, con su pelo revuelto y una inocente expresión sintió que la tensión desaparecía y pudo relajarse e inspeccionar el lugar, podía saberse mucho de una persona por la forma en la que decoraba su casa y algo le decía que detrás de esa apariencia modosita había una divertida persona que adoraba reír y quería sacarla fuera como fuera.
Se marchó y Amanda se quedó mirando la puerta con la boca abierta… desde luego no entendía a los hombres eso estaba más que claro. Tomó un bote de helado de menta, una cuchara grande y se dirigió hacia su sofá, esa noche iba a ser mala, comería todo el dulce que no debería tomar ni siquiera en un mes y a la mañana siguiente le dolería el estómago pero se sentiría mucho mejor tras llorar viendo “El diario de Noah”.
A la mañana siguiente tenía los ojos hinchados, el estómago muy revuelto, su sofá de color rojo tenia manchas de helado por todos lados y sin embargo estaba feliz. Antes de ir a trabajar puso una lavadora con las fundas del sofá, se dio una larga ducha caliente y se visitó con uno de sus vestidos más nuevos dejando su pelo suelto para que se secara al aire. En la agencia de publicidad donde ella trabajaba se dedicaba a conseguir

coches de lujos, que previamente ella probaba, para personajes ilustres que llegaran a la ciudad y adoraba conducir así que siempre lo pasaba bien. Además Sofía trabajaba con ella y siempre era bueno tener a alguien con quien reír entre informe e informe, eso sin contar que ella fue quien la animó a seguir con lo de El club de los Manipuladores y se sorprendió cuando le contó lo que había sucedido con William y Richard.

- ¿Y dices que ese William es un tipo caliente?- preguntó mientras tomaba un sorbo de su asqueroso café de máquina.

- ¿En serio te gusta el chocolate espeso? ¿Qué tipo de pregunta es esa?- respondió ella rodando los ojos.

- ¿No será que le gustas? Es raro que levantara solo para ir a ayudarte – dijo moviendo sus cejas de arriba abajo repetidas veces.

- Es su trabajo- suspiró y apuró su taza de café mientras volvía a su mesa.

Al salir se despidió de Sofía y se encaminó hacia el cuartel general de los chicos más hot de la ciudad, si la gente supiera lo que se juntaba en ese espacio seguro que no estarían tan aburridos como los había encontrado la primera vez, es más habría más admiradoras en la puesta que en un concierto de One Direction. Negó con la cabeza con media sonrisa mientras se colocaba mejor el bolso sobre el hombro ya que pesaba demasiado, lo raro es que no tuviera allí una espada laser. Miró la puerta respirando profundo todavía le resultaba extraño en hecho de estar en una agencia de manipulaciones. Llamó suavemente y entró despacio quedándose helada al ver lo que allí ocurría.
Marcus se volvió para mirarla y le sonrió antes de volverse hacia un tablón que el día anterior no estaba y parecía a los policíaco como los que había visto en la tele, tuvo un flas back de "Mentes Criminales" al notar los hilos de colores que conectaban las chinchetas que había sobre cada una de las fotos que formaban un mosaico, todas de su novio y otras tipas que reconoció como sus amantes. Mientras tanto William leía documentos que tenía amontonados sobre la mesa y tomaba un café de delicioso olor, los gemelos estaban disfrazados con uniformes de la compañía eléctrica.

- ¿Qué… pasa aquí?- preguntó mientras miraba de unos a otros- ¿Dónde vais?

- A colarnos en casa de tu novio- respondieron al unísono Carlos y Antonio mientras salían por la puerta.

Se quedó con la boca abierta mientras miraba sus espaldas que se alejaban y se iba acercando a la mesa de William. Miró los documentos y parpadeó un par de veces al darse cuenta de que en ellos estaba toda su vida resumida en pocas palabras junto con la de Richard ¿De dónde había salido todo eso? Incluso tenía el informe de una multa que le pusieron cuando tenía dieciséis años y acababa de conseguir el carnet, se supone

que eso estaba en su ficha de menor, no podían saberlo ni el juzgado, pero qué demonios…

- Tienes que firmar aquí- dijo Marcus mientras dejaba el contrato ante ella.

- Está bien… -lo tomó entre sus manos y lo leyó rápidamente, era sencillo, claro y conciso, sin letra pequeña, decía todo tal y como se lo habían explicado la noche anterior, lo que más le consternaba es que tenía todos sus datos de la seguridad social sin que ella se los hubiera proporcionado. Un poco dubitativa firmó sobre la línea de puntos.

- Bueno… oficialmente eres nuestra clienta Amanda… Nosotros te enseñaremos que hasta el más fuerte de los hombres puede ser manipulado, esa es la función de El club de los manipuladores- le explicó William con una amplia sonrisa mientras Marcus se llevaba los documentos y le entregaba una copia.